

30/10/2007

Eduardo García Silva

LO REAL DE LA MUERTE IMAGINARIZADA III Y ÚLTIMA.

El héroe es una figura tan magnífica como miserable en la mitología. No cualquiera es un héroe, el héroe puede llevar a cabo hazañas increíbles y las más de las veces se vale de algunas cualidades de las que se privó al resto de los mortales. Pero así también, el héroe es confrontado todo el tiempo con la muerte, sus hazañas son tales por desenvolverse al filo de la muerte. En la historia de los pueblos todos los héroes lo son al morir -con las excepciones que no faltan por supuesto-. Un héroe viene a ser aquél que dedica su vida hasta el punto de que efectivamente la da, por un beneficio que está más allá de él mismo; las más de las veces el héroe no puede contemplar ni disfrutar del resultado de sus acciones, eso les toca a los sobrevivientes. La muerte es en este sentido requisito para el héroe; lo será si la vence y lo será aún más y para siempre si perece en su acto heroico toda vez que el recuerdo de la gente lo eleva al grado de lo sagrado y lo sublime.

Ahora bien, hay un aspecto especialmente terrible para el héroe y es ir más allá de un límite que es límite de Ley, quizá por eso la diferencia entre un héroe y un delincuente se puede perder con facilidad, y como ejemplo tenemos los diferentes juicios que la gente hace para con un mismo personaje a quien se le trata de héroe o de villano (Antonio López de Santa Anna, Porfirio Díaz, Venustiano Carranza y Francisco Villa, entre muchos otros, podrían ser un claro ejemplo de esto desde la historia de México). Pues bien, este aspecto trágico del héroe, el de vencer un límite de Ley, es en palabras de Freud la prohibición (ilícito) de superar al padre: "und als wäre es noch immer unerlaubt, den Vater übertreffen zu wollen"¹, "y como si continuara prohibido querer sobrepasar al padre"². Así, siguiendo a Freud en su "Recuerdo sobre la Acrópolis", lo que debe superar el héroe es el sentimiento de culpa que está ahí donde se va más lejos que el padre; lo que implica su muerte o bien la aceptación de la castración de éste. Entendemos entonces porqué el héroe se vuela un límite, pero ubicamos también la diferencia con el villano y el delincuente pues mientras el héroe sólo mediante un penoso esfuerzo logra vencer el sentimiento de culpa y con ello la angustia de saber al padre castrado para poner a operar desde ese lugar (deviniendo él mismo en padre) la misma Ley, el delincuente -como

¹ Sigmund Freud, *Psychologische Schriften*. Fischer. Bd.IV, s.292.

² Sigmund Freud, "Carta a Roman Rolland" en "Nuevas conferencias de introducción al psicoanálisis y otras obras". Obras completas, Amorrortu editores, Tomo XXII. pp.221.

el perverso- establece su ley ignorando la Ley del padre de quien no tiene menor empacho en desconocer su muerte ni su lugar de padre.

El héroe sigue representando la Ley y por eso no lo logra sin pérdida, sin pasar él mismo por su castración, lo cual se ubica en un registro simbólico pues sabe que él no es la Ley; el delincuente, el villano, el perverso, en cambio, se creen que son la Ley, significante Uno.

Si la posición del héroe antiguo es sostenida por la muerte del padre, eso implica que el reconocimiento del pueblo a sus héroes es en la medida en que precisamente a partir de esos actos heroicos se establecieron o mantuvieron las instituciones de Ley; ahí la Ley encuentra su mismo límite en la muerte al mismo tiempo que la Ley aparece como el límite ante la muerte, o sea, la palabra en tanto significante primordialmente simbólico viene a salvar al sujeto de la confrontación imaginaria que implica la relación especular con el otro donde no habría lugar para dos: "o yo o el otro", esto es el sometimiento a la Ley. Por su parte el delincuente no puede acordar con el otro en la medida en que su palabra no vale porque él mismo no le dará valor de garantía, ni se la dará a la palabra del otro quedando así atrapado en una relación mortífera, será necesario que en ese "o yo o el otro" sea el otro el que muera para que yo me sostenga. Ese otro y su muerte son pura imagen sin significado alguno, son imágenes que no llegan a simbolizar nada del sujeto que así se confronta ante ello, ese otro sin rostro y sin muerte real, o sea sin vida, es retratado hoy en día en esos extras hollywoodenses de los que hablaba en la sección anterior que mueren de a miles -dicho sea de paso la forma correcta de escribir el nombre de ese lugar es Hollywood y no como lo consigne en esa sección-. La muerte en tanto sólo imagen deviene así en pura muerte imaginizada, ni siquiera imaginada, quedando lo real de ella expuesto en toda su crudeza en la medida en que no fue posible simbolizar ahí nada, nada de muerte. "Nunca la muerte es experimentada como tal, nunca es real. El hombre sólo teme un miedo imaginario" decía Lacan en el seminario uno³, ¿será que ese miedo imaginario ha cesado para dejar lugar a un terror real de lo que no podemos simbolizar?. Si el Padre ha muerto la Ley con la muerte de la mano puede sostenerse, pero si no se ha matado al padre, entonces no hay tal y es su muerte que no se ha producido la que alcanza al sujeto en ese querer ir más allá de él. ¿qué estarán pensando los gobernantes que mandan de a miles de soldados a dar muerte a miles otros? y para parafrasear la pregunta que Freud retoma de Napoleón en la carta a Roman Rolland, ¿qué dirían sus padres si pudieran estar presentes?

México, D.F., Coyoacán.

³ Jacques Lacan. El Seminario I. Los escritos técnicos de Freud. Paidós. p.326.